

## *Historia natural del Médico congresista*

### A MODO DEL PROLOGO AL PRIMER CONGRESO DE LA SOCIEDAD ESPAÑOLA DE PATOLOGIA RESPIRATORIA

*La situación anímica de «médico congresista» es una etapa en la evolución de la vida del hombre que se dedica al cultivo y al arte de la Medicina.*

*Para algunos, esa etapa dura no más que el sarampión trivial de un niño. Llegan con alguna fiebre a su primer congreso, les brota la erupción científica con escasa fuerza y marchan inmunizados de él. No volverán a otra reunión científica, y si van, será únicamente a divertirse. No ha calado en ellos el «venenillo» de las discusiones médicas. No han sido más que pasivos espectadores en las deliberaciones.*

*En otros, esta situación de «congresista» es más duradera, su pasión dura años y años, decenios incluso. Pero un día, este fuego se apaga, y entonces se refugian en la lectura no médica, en la música, en el arte, en la política o los negocios. Si bien hay muchos que no pican tan alto, después de ver a sus enfermos, se limitan a jugar la partida de sobremesa, o a seguir los programas de T.V. ya entrada la tarde.*

*Quedan, por último, los fieles hasta el final, los que casi mueren entre destellos y colorines de diapositivas o con los auriculares puestos. Esto sucede, sobre todo, entre los asistentes a esos congresos con traducción simultánea, donde si no mueren más con intoxicación por traducciones inconexas, es porque la gente se quita los auriculares a tiempo, antes de que estalle su cabeza en una crisis de jaqueca fulminante.*

*Esta pasión o venenillo que asalta la vida del médico atraído por los congresos científicos, es comparable a la del aficionado al fútbol o a los toros, que sigue a su equipo preferido o matador hasta los campos o plazas más remotos y escondidos. Si bien hay algunas diferencias. La más sustancial, después de la distinta calidad de su pasión, es que el aficionado es un ente pasivo, se limita a jalear y aplaudir a su favorito, y el congresista es una mezcla de jugador y de espectador o de torero, ya que también juega o tiene sus pequeños «olés» o aclamaciones y busca con verdadera delectación el pequeño halago de la felicitación o el elogio entre sus compañeros de fatiga.*

El congresista ideal es, ante todo, un gran aficionado, un apasionado de la Medicina. Visita ciudades, especialmente preparadas para el turismo durante el Congreso, sin que dejen en su mente la menor huella. De las veinticuatro horas del día, las mejores, las más soleadas, ocho de ellas al menos, se las pasa en un salón en tinieblas, atosigado por el humo, viendo pasar y pasar diapositivas. Paladea emparedados en los descansos y los riega con la fisiopatología y patogenia que durante todo el día viene escuchando. Generalmente es un alma sencilla, con un poquito de ingenuidad y otro tanto de pequeña vanidad, reprimida y contenida, que muy pronto sale a flor de piel al menor halago. Aguanta feliz ocho horas de sesión, sintiéndose ya recompensado si es citado su nombre al menos una vez o confirmada una teoría que él no ha creado, pero que asimila como propia, y también, por qué no, se siente muy reconfortado cuando le pisan «un callo» a un colega de la misma localidad o de una colindante.

Cuando le dejan hablar, se pone muy nervioso, pero lo que lo disfruta... Durante meses y meses suele venir preparando su «comunicación». Habitualmente, noche tras noche o, al menos, siempre que puede dedicarle un rato. Con frecuencia hace el «ensayo general» de lo que va a decir en el Congreso, recitándosele a su mujer. Lo habitual es que, como hasta última hora no tiene la «comunicación» a punto, este «ensayo general» lo padezca la pobre en el coche cuando ya van hacia la ciudad donde se desarrollará la Reunión Científica. La ocasión es propicia, su mujer va de buen talante. Ha dejado los niños en manos de la abuela. Tiene por delante unos días de vacaciones, y en este estado de ánimo, ella es un crítico benévolo de su futura actuación, y por si esto fuera poco, «no sabe Medicina» y está plenamente convencida de que su «media naranja» es un fenómeno. ¡Y cómo comenta el matrimonio, después de su actuación, por la noche en la habitación del hotel, mientras se visten para la cena, todo lo que él ha dicho, todo lo que ha dejado de decir por culpa del maldito nerviosismo, lo que le han dicho y lo que le han felicitado...!

A veces se duele, y con razón, de que no le han dejado hablar lo suficiente, ni decir todo lo que tenía preparado. Pues ahora, a nuestro médico congresista no le dejan ser feliz. Ya no puede hablar, al menos todo lo que él quisiera. Va tanta gente a los congresos, que cada uno tiene que hablar muy poco, y como son tantos, les toca a muy escasos minutos, y lo peor es que tampoco pueden discutir, que es lo que de verdad le priva a nuestro hombre: intercambiar opiniones con los demás, teniendo además la razón, ¡ESO DESDE LUEGO!

Como a nuestro hombre no le dejan casi hablar y tampoco puede discutir, se aburre, y se aburre tanto que, muy contrariado, entre el humo y la penumbra se adormila. ¡Y así son ahora nuestros Congresos! ¡En estas reuniones multitudinarias, donde hace falta colgar a cada uno una placa para identificarse, nuestro congresista, el ingenuo y un poco vanidoso, ése que

ha recorrido muchos kilómetros para eso, para asistir al Congreso, se duerme, y con él un poco también se duermen los demás. La gente «ronca» con discreción, y en el ambiente se masca la modorra, sobre todo el segundo día por la tarde, cuando en sus estómagos se almacenan ya tres comilonas.

Habría que arbitrar alguna fórmula para que estos románticos de la Medicina pudieran hablar en los congresos: 1.º, porque son los verdaderos animadores de estas reuniones, y 2.º, por generosidad hacia ellos. En muchas ocasiones, al menos en sus primeras épocas, son las únicas vacaciones que disfrutaban. Y la verdad, sus días de asueto parece injusto aguarlos.

Una fórmula sería parcelar el campo de la Medicina o de una especialidad como se parcela una finca, haciendo pequeñas demarcaciones. Y en cada reunión dejar corretear a sus anchas a un grupo cada año dentro del tema o parcela que domine. El resto podrían quedarse en la banda, como mudos espectadores, disfrutando a lo sumo nada más que del espectáculo. En este Primer Congreso de Patología Respiratoria vamos a ensayar esta modalidad de «concentración científica» sobre las dos ponencias, si bien atemperadas con la dedicación de un día a Mesas Redondas, para que quien se quede en la «banda» tenga también su «oportunidad».

Pero, sin embargo, aun con esta solución intermedia, habrá que frenar y canalizar un poco el entusiasmo de nuestro congresista «tipo», para que en la reunión haya un cierto orden y concierto, pues dejado a sus impulsos naturales, ni ocho días serían suficientes, ni se llegaría a una conclusión, al menos provisional.

Nuestro congresista «tipo» tiene en común las virtudes y defectos que más arriba hemos señalado, pero dentro de ellos hay muchas subespecies cuyas diferencias habría que armonizar.

En unos prevalece la timidez y la ponderación. Pero hay otros que militan en el extremo opuesto, donde abunda el apasionamiento, la verborrea, el divisismo e incluso en algunos, los menos, la agresividad más o menos velada (llamémosles jabalíes, con dos subvariedades: los jóvenes, habitualmente con una deformación pasajera y perdonable, presente a veces en quien se ha formado fuera y desconoce el grado de madurez de la Medicina española actual. Y, por último, los jabalíes «per se», que están imbuidos del espíritu de ser los únicos apóstoles de la verdad, por la cual deben combatir).

Armonizar, frenar y moderar a un grupo tan heterogéneo y apasionado de la Medicina es difícil hacerlo sin violencia desde dentro de una reunión. A nuestro juicio, únicamente se pueden atemperar estas diferencias mediante el HUMOR.

Si a nuestro congresista, hombre inteligente y generalmente con demasiado sentido del ridículo, se ve observado desde la banda sin apasionamiento científico, pero con un espíritu crítico, sereno y jovial, es fácil que modere unos defectos que él de antemano conoce.

Para nuestra ventura, Antonio Mingote ha tenido la gentileza, que nunca agradeceremos suficientemente, de echarnos una mano cuando con más temor veíamos acercarse el día de la inauguración de este Congreso. Su tino y fina sensibilidad ilustran la micropatología de ese hombre admirable, el congresista entusiasta, para quien sobre todo, y con nuestra mayor ilusión, se ha montado esta reunión.

Creemos que este diablillo, ingenuo, crítico y burlón que Mingote ha echado a volar en la sala de conferencias, y que queramos o no seguirá revoloteando al ras de nuestras cabezas durante todos los días del Congreso; será el más eficaz moderador en unas reuniones que, por otra parte, deben ser vivas y acaloradas incluso.

El diablillo de Mingote, y nosotros, este grupo de «heterodoxos» organizadores, creeríamos haber cumplido nuestra misión, si ese congresista que viene nervioso y lleno de entusiasmo, cuando vuelva hacia su casa, se vaya satisfecho de sí mismo, de su trabajo y, sobre todo, espoleado para el futuro, haciendo proyectos, que le volverán a quitar el sueño, pero que le redimirá de la rutina y el amaneramiento.

FRANCISCO J. GUERRA SANZ

#### Presidente del I Congreso de Patología Respiratoria